

para ser filosofía —existencialismo—. No corresponde precisamente esa caracterización al fulgurante movimiento protovanguardista alemán. La cuestión, referida a la poesía española, creo que es otra: al igual que Spiteri carga las tintas hasta el punto de tachar «desde fuera» lo que quiere decir, los tremendistas llevan a cabo la misma operación desfiguradora «desde dentro», desde una interioridad indignada y justiciera que al exteriorizarse nubla sus propias palabras con excesos temáticos o, a lo sumo, retóricos, no con la síntesis de contenido depurado que da eficacia expresiva a las palabras.

Esa es la gran diferencia entre el expresionismo originario y el reflejo expresionista de la poesía social española: los poetas sociales heredaron de aquella vanguardia la voluntad de romper moldes, de sorprender al lector con «las cartas boca arriba», con cosas «dichas como son» (mezcla de utopía y de contrasentido) en su simplicidad inmediata y brusca, pero no con la ironía desesperada ni con la autovivisección implacable. El yo que aparece en la inmensa mayoría de la poesía social es un ser cejijunto, vindicativo y sentencioso, alguien que se toma muy en serio a sí mismo, incapaz de distanciarse con respecto al espejo que tiene delante o de azucar las palabras contra el poeta que hay detrás. De esa manera, los poetas sociales renunciaron a toda intemperie estética y obedecieron a los preceptos academicistas contra los que teóricamente se pronunciaban.

Volviendo a la obra última de Otero, parece evidente que en ella se reasumen los aspectos formales más arriesgados de su trayectoria. Pero la irracionalidad ocasional de su primera época se expresa ahora de manera nada automática sino revulsiva, subrayando la deformidad con tanta textura como rabia: «yo seguía angustiado con una hoja de afeitar en la oreja/ la galerna invadió las paredes/ me sumergí en mí mismo da lo mismo vivir/ que caminar en una lancha/ la galerna la galerna». Más de uno de esos rasgos podrían ser relacionados con el surrealismo menos jugueteo y gratuito, con el más deliberadamente indagador. ¿No es precisamente ése el heredero directo, tras el salto en el vacío, de *dadá* y del expresionismo? Esos ecos, en mi opinión, de raigambre expresionista, no han faltado nunca en la obra de Otero, y en estas páginas últimas se acentúan:

Una mañana de humo y pájaros desperdigados  
estando en el sanatorio  
estando yo en el jardín  
jadeando entre dientes como en medio del amor  
una mañana de barca balanceada  
estando con los cinco sentidos resbalados  
doliéndome como un caballo  
apareciste entre las ramas  
apareciste como el arcángel San Gabriel vestido de verano<sup>33</sup>.

El rechazo indiscriminado de la poesía social no ha movido de su sitio —de nuestra lectura— la obra de Otero. Igual podríamos decir con respecto a Ángela Figuera, cuyo *Belleza cruel*, su libro más adepto a la tendencia social, no de la altura que alcanza el conjunto de su producción (reeditada en 1986), llena de cuidado formal y de buen

<sup>33</sup> Blas de Otero, *Expresión y reunión*, pág. 252. *Pertenece a Verso y prosa (1976)*.

gusto. También firme se mantiene —aunque lejos de la consideración habitual de los críticos— la poesía de Salustiano Masó, autor de un conjunto caudaloso de libros más fundamentados en cimientos literarios que ideológicos, siempre atravesados por punzadas de ironía vitalista.

Un caso similar al de Ángela Figuera es el de Eugenio de Nora (cuya obra poética completa se editó en 1975). Si nos atenemos a sus versos, apenas uno de sus libros y algún poema suelto de otro pueden ser clasificados con propiedad dentro de la tendencia por la que tanto batalló teóricamente el poeta leonés. El resto debe tenerse en cuenta a la hora de estudiar el rebrote de romanticismo de los años 40, tan ajeno, temáticamente, a la poesía social como, formalmente, al expresionismo que hemos comentado.

Pero aunque la poesía social estaba ya diezmada y dispersa en los años que estamos considerando, algunos poetas fieles a la tendencia continuaron publicando impertérritamente libros combativos aún seguros de estar contribuyendo a despertar conciencias adormecidas. Victoriano Crémer, en un poema titulado «Poesía 1980», ataca de forma paródica a los poetas «estrategas de los encantamientos» con un pastiche que resulta tan amargo como ineficaz. En otros momentos de su última producción, el paladín del tremendismo suena al nihilista Celaya, en versos que no han ganado poder de convicción con los años:

el hombre,  
hora es ya de proclamarlo,  
es una solitaria pretensión  
corregida de continuo por la naturaleza<sup>34</sup>.

Ramón de Garciasol publicaba en 1983 un libro titulado *Diario de un trabajador* donde, junto a la consumada habilidad versificadora, encontramos los temas clásicos de la poesía social, incluido un ataque a los poetas de otro signo:

poeta lírico  
—con perdón sea dicho—,  
esteta, súbdito  
del nenúfar, del lirio  
del valle, la cándida azucena, tan amigo  
de la belleza, de la forma, del principio  
de los buenos principios  
y a callar, más muerto que vivo,  
de prudentes desvirilismos,  
con permiso  
de la Real (...) <sup>35</sup>.

Un poeta tan dotado como Carlos Álvarez, dueño de una técnica verbal y una fluidez excepcionales, sigue forzando sus palabras dentro de límites desconcertantemente estrechos:

¡Libremos, amigos, el idioma!  
Desnuda en su pureza la palabra

<sup>34</sup> Victoriano Crémer, *Poesía*, Ed. Provincia, León, 1984, tomo II, pág. 608.

<sup>35</sup> Ramón de Garciasol, *Diario de un trabajador*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1983, pág. 55.

de la trampa social del adjetivo,  
tendrá el mismo sentido para todos<sup>36</sup>.

El ejercicio irónico de *Aullido de licántropo* (1975), muestra la capacidad de inventiva y el desparpajo de este poeta tan marcado por sus libros anteriores. Pero ya en *Reflejos en el Iowa River* (1984), cuando intenta salir de sus temas habituales, parece encontrarse desplazado, desambientado. Se diría que, como en el caso de Celaya, el verso acuñado tan insistentemente con objetivos instrumentales, sigue condicionando al propio poeta aun cuando intenta dejar atrás lo que, en verso de Otero, resulta ya «tanta poesía social desperdiciada».

### III

Como veremos en su momento, la ortodoxia seudonovísima —en mi opinión, más bien antinovísima— accedió al pequeño poder cultural que corresponde a la poesía a finales de los años setenta y se ha mantenido en él durante la década siguiente. Pero, al margen de sus orondos éxitos, se ha mantenido una rica vena de poesía satírica, despierta, descaradamente epigramática, vertida hacia el tiempo presente, conectada con prácticas artísticas contemporáneas, lejos del enésimo renacer romántico más o menos injertado de simbolismo que pretendía —todavía pretende— hacer que el lector abdique de la exigencia a la que le tenía acostumbrado la poesía desde finales del siglo XIX. Contra estos poetas ha escrito Antonio Martínez Sarrión:

Ni arma cargada de futuro  
ni con tal lastre de pasado  
que suponga sacarse de la manga  
una estólida tienda de abalorios  
con la oculta intención de levantar efebos<sup>37</sup>.

En ese tono han escrito páginas saludables José Miguel Ullán, Agustín Delgado o Ramón Buenaventura.

Pero es en la efervescencia de las nuevas promociones donde parece aflorar una nueva versión de la poesía crítico-expresionista (llamarla social no sería exacto y, además, atraería hacia la imaginación vicios decodificadores que no deberían condicionarnos ante la poesía joven). El representante más decidido de este tipo de poesía es Jorge Riechmann, que inició con *Cántico de la erosión* una trayectoria insólita por lo combativa. En su *Poesía practicable* (1990), especie de ideario no por desordenado menos interesante, declara: «Años ochenta en España: década nefasta para el arte. Y espléndida para la moda juvenil. El arte, en medio del general regocijo, se había convertido en una cuestión de peluquería». Declaraciones así vienen acompañadas de una poesía falta de prejuicios, superadora —más que despreciadora— de la preceptiva, inventada a cada paso y rebosante de creatividad:

<sup>36</sup> Carlos Álvarez, *Antología*, Ed. Nacional, Madrid, 1978. *Pertenece a Eclipse de mar* (1970).

<sup>37</sup> Antonio Martínez Sarrión, *De acedia*, Ed. Hiperión, Madrid, 1986, pág. 56.

En este mediodía de los ojos helados,  
un solo harapo podría enjugar  
la historia entera<sup>38</sup>.

En esta obra incipiente, la reflexión sobre la poesía está trabada al hecho verbal mismo, no añadido «temáticamente» a una métrica favorable al oído (como ocurría tantas veces en la poesía social). No se trata aún de una poesía cuajada, pero sí se puede afirmar de ella que levanta una voz poderosa y de gran personalidad en el maremágnum gregario y complaciente de la poesía última.

Otro poeta joven, Luis García Montero, declaraba en 1986: «Mi personaje verbal se considera marxista y pensativo». No encontramos en su obra las tensiones internas que hacen esperar futuros desarrollos en la poesía más joven, pero su actitud ante el poema dista mucho de ser acomodaticia. Lo mismo podemos decir de los libros hasta ahora publicados por José María Parreño o Luisa Castro.

No creemos que se anuncie una nueva tendencia social en la poesía española. La ingenuidad militante y acrítica fue fruto de una época intelectualmente depauperada. Pero si se confirma la obra de algunos poetas jóvenes, quizá podamos hablar de un nuevo brote de poesía crítica, como reacción contra el manierismo mayoritario de los años ochenta.

<sup>38</sup> Jorge Riechmann, Cuaderno de Berlín, Ed. Hiperión, Madrid, 1989, pág. 23.

## Pedro Provencio